

ESCRITOS FILOSÓFICOS

Selección y estudio preliminar
Celina A. Lértora y Mario López

Prólogo

Enrique Puches

Buenos Aires – Ed. FEPAI – 2004 – pp. 163-168

RESPECTO AL PRÓJIMO Y A SU LIBERTAD*

Si por mi parte, como modesto aliado, envió esta ponencia, lo que afirmo en ella es mi apuesta a que: todo lo que está por hacerse para mejorar el mundo (“La Creación que está incompleta” – decía Juan Luis Segundo), todo lo que cada uno de nosotros debería y podría hacer para mejorar en algo la coexistencia de mañana, ha de estar *signado por el respeto hacia el otro y a su libertad*.

Al experimentar la imposibilidad de coexistir con alguien, es mejor tomar distancia prudentemente. Para ejercer nuestra libertad personal tenemos que estar inventando nuevos espacios y nuevos horizontes. Esta es la astuta inventiva de nuestra racionalidad práctica. Ella nos hace *autónomos e independientes respecto a lo que no apreciamos*, y nos permite *amar libremente*, sin odiar a nadie y sin envilecernos por luchar contra aquello que se nos aparece odioso.

Desde la revolución ética de Kant, nos guían las máximas que conjugan la libertad de cada uno con el misterio de la libertad del prójimo. El respeto de la persona libre a la persona libre. La progresiva transformación de los valores propios de los pueblos, gracias al juego histórico de las identidades y los pluralismos y las autonomías, por un lado, más las enriquecedoras alteridades que llegan a ser reconocidas dialógicamente y tal vez, puedan llegar a ser comprendidas en los otros, en el prójimo.

El diálogo y el reconocimiento de las diferencias y las correspondencias, entre las personas y entre las diversas culturas o pueblos, hace progresar el don por el cual lo mío se hace tuyo, lo tuyo se hace mío, y la transformación de nuestros mayores bienes individuales pasa a integrar una comunidad o un Nos-otros, que irradia su luz a terceros próximos y lejanos.

Egocentrismo básico e ideales altruistas

Lo más vulgar y frecuente es que nos tratemos unos a otros (también a nosotros mismos, cuando somos frívolos e inauténticos) manipulando o dejándonos manipular, es decir, como meros medios, sin una finalidad profundamente sentida en la íntima subjetividad de cada persona. Esa es la mediocridad cotidiana sobre la cual nos advertía Kant, para que tuviéramos el valor de ser autónomos, libres y creadores, venciendo a nuestras cobardías e inercias.

Tenemos que esforzarnos para respetar la humanidad original, aquella que se expresa en mi imperativo: “debo hacerlo”, que se me aparece a mi conciencia cuando decido actuar superando los condicionamientos externos.

Tenemos que evitar la confusión entre “mi máxima moral”, con cualquier necesidad o legalidad objetiva, la cual pudiera imponerse a cualquier otra persona, contra su libérrima conciencia.

Aunque la intención altruista pretenda lograr la “salvación terrena” de algunos que se presupone estarían perdidos y sin libertad, nunca se justifica arrollar al prójimo para mediatizarlo en la prosecución de resultados sociales ajenos a su convicción o a su voluntad.

El lema humanístico no puede contradecirse. Algunos dicen: “Por la humanidad... pero contra esto, aquello y lo de más allá” (se refieren a realidades presentes en nuestro común universo pero que ellos desearían eliminar).

Desde mí, para ti, y para nos-otros; por la humanidad

La raíz de todos los comportamientos y de todos los pronunciamientos de valor humano reside en el ámbito interior de cada uno, en su conciencia moral. Los frutos de dicha facultad de juzgar, decidir y actuar, se extienden en el ámbito de la ética externa, donde se incluyen las relaciones interpersonales, políticas y jurídicas.

La vida que como savia profunda emerge desde esa raíz personal, se enreda con otras vidas de profundidad radical como la mía.

Desde mí, solamente tiene sentido juzgar las actitudes políticas en el caso de situaciones donde yo estoy vinculado e involucrado más o menos directamente.

Debo distinguir con cuidado aquellos tipos de juicios de valor que estoy facultado a emitir. Por ejemplo: sobre mí mismo no cabe que yo diga nada ante los demás. Si me presento a ellos como quien se atribuye el derecho de enjuiciar a otros, quedará en claro lo absurdo de mi posición.

Los terceros y ajenos

El enjuiciamiento por terceros sobre conflictos jurídicos corresponde solamente a los órganos especializados de la justicia. Es inadecuado que los acusadores enfrentados se deslicen a juzgar moralmente lo que está en proceso y no tiene aún su sentencia. Al común de los hombres nos resta solamente el juzgar como mera opinión. Nuestras opiniones subjetivas son inocuas salvo aquellas que al ser compartidas con otros configuren un movimiento de opinión pública.

Si en un intercambio de opiniones me descubro emitiendo juicios referentes a personas que están ausentes, corresponde que yo y mis interlocutores nos preguntemos: ¿para qué estamos juzgando a otros? El peligro de esas concreciones de la opinión pública consiste en que aparentan ser entidades o ideas-fuerzas, ideas en proceso de “reificación”. Estas personas invocan normas que presuponen ya establecidas en una moral, presumidamente ya consagrada.

Al reconocer que no poseemos capacidad de juicio sino es sobre nosotros mismos, el intercambio de opiniones con personas próximas adquirirá el sentido de intercambio crítico y constructivo, por el cual se hace útil y fructífero. La lucha ideológica es inconducente y simplemente destructiva.

Sólo entre amigos dispuestos a oírnos y a comprendernos mejor, pueden resultar eficaces las opiniones de censura o de reprobación, intercambiadas mediante argumentos razonables y con los gestos por los cuales la comunicación se hace inteligente, tolerante y tolerable.

Aprender a revisarnos cada uno de “buena fe” y aprender a evitar el autoengaño complaciente, constituye la base de las buenas relaciones interpersonales y de la mejoría de la moral pública no-coactiva. Esto se gana paso a paso, con el aporte de unos y otros, día a día.

La coexistencia humana sobre el planeta Tierra, habrá de mejorar en el futuro inmediato.

Estoy decidiendo con este decir la orientación de mi acción para hoy y para mañana; no es un pronóstico a ser contrapuesto con el diagnóstico de los escépticos; es un compromiso práctico por el cual pongo la parte alicuota de mis acciones, de mis actos. Espero que muchos otros se orienten con igual buena intención y hacia un mundo mejor. Nada me autorizaría a sospechar que los demás dejen de hacerlo.

Yo no debo dejarme aterrorizar en el pensamiento ni paralizar mi praxis por algunas perspectivas apocalípticas, por más innegables e imponentes que sean esas imágenes de niños, mujeres y hombres envejecidos por el hambre, las enfermedades, las guerras, la violencia, las injusticias y la incompreensión.

Cuanto más viejo estoy, más debo concentrarme en *pensar y actuar con fe* para el intercambio y la transformación educacional, en la docencia que ha sido mi vocación y profesión de cincuenta años de vida.

La educación permanente es una de las grandes armas y herramientas con la que se intenta combatir tantos males y construir un mundo más humano. La cuestión del siglo XXI es la del conocimiento. Pero, ¡atención!: más que el acrecentamiento de la información que se multiplica aceleradamente año a año, día a día, la gran cuestión consiste en su aplicación prudente y orientada hacia finalidades humanísticas.

Frente al dicho tradicional: “el saber no ocupa lugar”, el personaje teatral inventado por un colega uruguayo (hoy desaparecido, el Prof. De La Peña) replicaba: “no ocupa lugar... pero hay que saber acomodarlo”.

El hontanar emergente de la mejora en la coexistencia humana brota en cada individuo, en cada persona y crece en el entretejido que se trama constituyendo la comunidad de las personas y el mundo de las relaciones transcomunitarias.

Las personas maduras sabemos de la misteriosa surgencia de nuestra conciencia moral, gracias a la cual nos reafirmamos como *sujeto desde nuestro centro del mundo*, de forma singular e inconfundible con cualquiera otra persona humana o divina (Kant).

Este egocentrismo desde el cual partimos al coexistir con los padres, la familia, la comunidad cultural y las sociedades en general, nos obliga a ser los *únicos responsables* en evitar la caída por la pendiente del egoísmo autosuficiente. Esta lucha en lo íntimo de la conciencia es permanente.

Solamente la relación con “el Otro” constituye una verdadera apertura (Levinas) hacia la coexistencia que se enriquece como convivencia.

Al estar cara a cara, asombrado ante la presencia de Otro, al compartir una sonrisa, al mirarnos a los ojos, nos desasujetamos del pesado centro de nuestros miopes intereses e inercias y compartimos la riqueza de convivir liberados de los ensimismamientos que nos aíslan a unos y otros. El interés por la presencia de otro humano debe ser estimulado en la enseñanza, desde los

niveles infantiles, propiciando el acercamiento y la sonrisa de niños y niñas, más el respeto por cada nueva persona que podamos ir conociendo.

Recordemos hoy y mañana el imperativo siempre vigente de Kant: ***Obra de modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otra, siempre al mismo tiempo como un fin, y nunca meramente como medio.***

• Este trabajo fue escrito en 1999 ó 2000 y se destinó al *Congreso Mundial sobre la Coexistencia humana en un mundo responsable y solidario, al Alba del 3er Milenio*, que se realizó en Montreal, el 2000, conforme lo aclara el propio autor, al comienzo de este escrito, en una nota titulada **Presentación y saludo**. Al viajar por París fui invitado a participar de la *Alianza para un mundo responsable y solidario*. Hace escasamente un año de esto y hoy recibo, en este lejano rincón del Río de la Plata (Montevideo, Uruguay) la invitación para ese magnífico Congreso que se realizará en Montreal. Hace muchos años, en 1983, concurrí al Congreso Mundial de la Federación Internacional de Asociaciones de Filosofía, también en Montreal y también organizado por el Prof. Venant Cauchy, por eso descuento que este que vendrá ha de ser magnífico. Saludo con admiración a quien ha dedicado tantos esfuerzos para esta noble causa: la mejor comprensión entre los seres humanos".